

FABIO WASSERMAN
“LA REVOLUCIÓN DE MAYO COMO MITO DE ORÍGENES”

Para muchos argentinos, la Revolución de Mayo es el acontecimiento más significativo de su historia. Esto puede percibirse en el creciente interés que despertó su recuerdo en los últimos años, alentado en buena medida por la crisis de 2001 que incitó a buscar en el pasado las claves para comprender el presente y por la cercanía de su bicentenario que motorizó diversas iniciativas destinadas a conmemorarla. Si esto es cierto, cabe preguntarse por qué entre tantos hechos históricos se sigue privilegiando su recuerdo y, además, de qué manera se lo hace. En cuanto a la primera cuestión, la respuesta no parece difícil de hallar pues se trata de nuestro *mito de orígenes*. En efecto, si existe una tradición arraigada en la sociedad argentina es la de asociar el origen de la nación a la Revolución de Mayo. Lo cual nos lleva a la segunda de las cuestiones, pues esta tradición, como todas, no es un hecho natural sino que tiene una historia tan conflictiva como la de la sociedad que la hizo suya.

Su tramo más conocido arranca a fines del siglo XIX con la consolidación del Estado nacional, la conformación de una economía capitalista y el masivo arribo de inmigrantes que dieron forma a lo que algunos autores dieron en llamar la *Argentina moderna*. Fue entonces cuando comenzó a cobrar consistencia la idea de que la Revolución de Mayo debía considerarse como el momento de alumbramiento o toma de conciencia de la nacionalidad argentina. Esta interpretación, que terminó de consagrarse hacia 1910 en el marco de los festejos por el Centenario, admitió de ahí en más variados contenidos y orientaciones, pero sin recibir cuestionamientos de fondo. Lo cual no resulta extraño, ya que se trataba precisamente de fijar un origen para la comunidad de la que formaban parte los argentinos. Un origen que, como tal, debía portar el sentido y el destino de la experiencia histórica nacional. Pero por eso mismo, ya no podía haber consenso en su caracterización y en la de sus protagonistas, temas acerca de los cuales se entablaron numerosas polémicas históricas que eran también políticas e ideológicas pues derivaban de las diferentes ideas de nación que tenía cada sector. De ahí que estas disputas se organizaran en torno a polos antagónicos e irreductibles que obligaban a tomar partido: Saavedra o Moreno, Buenos Aires o el Interior; movimiento popular o elitista, origen civil o militar, pensamiento ilustrado francés o pensamiento católico español.

Ahora bien, en los últimos años los historiadores señalaron la necesidad de revisar esta forma de ver las cosas, al desechar la posibilidad de que la revolución pudiera considerarse como la expresión política de una nacionalidad argentina entonces inexistente. Plantean, en ese sentido, que la revolución fue consecuencia del proceso de desintegración de la unidad monárquica española, que a uno y otro lado del océano dio pie a la erección de juntas de gobierno basadas en la doctrina de la retroversión de la soberanía. Este enfoque no solo permitió volver a examinar el proceso revolucionario, sino que también invita a revisar qué significó para sus testigos y protagonistas. Para ello debemos situarnos en los años previos a la revolución. Eran momentos de gran incertidumbre, pues tanto en España como en América se estaban produciendo hechos inesperados como las invasiones inglesas de 1806/7 o las abdicaciones

de Bayona en 1808, que culminaron con la coronación como rey de España de José Bonaparte, hermano de Napoleón. Estos y otros sucesos, aunque inciertos, ponían de manifiesto que la Monarquía no podría subsistir. Se estaba asistiendo al derrumbe de un mundo y ningún sector contaba con respuestas acabadas sobre qué debía hacerse. Frente a este estado de cosas, la revolución se presentó como

una salida que, al promover un corte abrupto con el pasado colonial, permitió dotar de sentido a esa experiencia inédita, fundando una nueva fuente de legitimidad cuya fuerza puede percibirse en su constante invocación por todos los sectores en pugna, fueran estos radicalizados: los morenistas, o moderados: los saavedristas.

De ese modo, la revolución excedió su condición de acontecimiento o proceso histórico al constituirse en una suerte de mito o, más precisamente, de una creencia colectiva capaz de orientar el proceso político abierto con la crisis de la Corona española y su administración local. Es que para muchos no se trataba solo de un cambio de gobierno a favor de los criollos, sino también un llamado a producir transformaciones que debían guiarse por principios y valores, como Libertad y Justicia, a los que al poco tiempo se agregaría el de Independencia. Esta creencia permitía dejar de vivir la crisis monárquica en forma pasiva: quienes la invocaban presumían de estar protagonizando la construcción de un nuevo orden o, en términos de la época, una verdadera *regeneración*.

Con el correr de los años, el mito asumiría nuevos sentidos. Si en 1810 apuntaba a fundar un nuevo orden a la vez que era un acicate para dar forma a un futuro en el que quedaría enterrado un pasado oprobioso, tiempo después se convirtió en un *mito de orígenes*. De ese modo, la revolución continuó siendo invocada para legitimar discursos y acciones, y se produjeron constantes disputas para apropiarse de su legado. Ahora bien, la existencia de agudas diferencias políticas, ideológicas o de intereses no obstó para que se fuera dando forma a una serie de representaciones e interpretaciones que gozaron de un extendido consenso durante gran parte del

siglo XIX. En general, se consideraba a los sucesos revolucionarios como resultado de una combinación de azar, providencia y, en menor medida, genio y sentido de la oportunidad. Y esto era así porque, a la hora de explicar lo sucedido, se colocaba en primer lugar la crisis monárquica y después la reacción que tuvo la dirigencia criolla. Incluso quienes habían sido sus protagonistas - como Manuel Belgrano, el Deán Funes o Cornelio Saavedra- entendían que la revolución debía atribuirse a una serie de hechos providenciales que no podían ser previstos ni ominados

sino tan solo aprovechados una vez producidos. Esta caracterización puede apreciarse en el constante recurso que se hacía de imágenes o metáforas que remiten a fenómenos naturales, incontrollables e irrevocables, que no pueden ser previstos ni afectados por los hombres: un meteorito, un torrente, una marea, un terremoto, un volcán, una erupción. De ese modo, se reforzaba la impresión de que la revolución era parte de un proceso cuyo curso excedía toda decisión o acción humana consciente. esquema providencial al que también recurrían los clérigos en sus sermones patrióticos, aunque lo hacían en clave divina.

Esta interpretación afectaba la creencia según la cual la revolución era un proceso de redención de la comunidad por su propio esfuerzo. Sin embargo ambas perspectivas podían ser congeniadas, pues solía postularse la existencia en el curso de la revolución de dos momentos que debían ser valorados de muy diverso modo: por un lado, la crisis monárquica que dio pie al cambio de gobierno y, por el otro, la lucha por la independencia y la construcción de un nuevo orden. Se suponía que en el primer momento habrían primado los aspectos providenciales; mientras que en el segundo, la acción humana había tenido mayor incidencia a través de la guerra y la acción política. Dicho distingo permitía atenuar la tensión entre la dimensión mítica de la revolución, que era percibida como el esfuerzo de una comunidad por redimirse, y su caracterización como un hecho providencial, inmanejable y, a priori, imprevisible. De todos modos, se trataba de un problema menor que no tenía por qué afectar la percepción optimista que se tenía del proceso. Lo que no resultaba tan fácil de resolver era otra cuestión mucho más dramática y que incidió decisivamente en su valoración. Me refiero a los que podrían considerarse como sus efectos *indeseados*; es decir, los conflictos facciosos, ideológicos, sociales, regionales y económicos que desató y que aún influyen decisivamente en las imágenes que tenemos del período. Es que si bien solía culpabilizarse de esos enfrentamientos al atraso legado por siglos de dominio colonial, que impedía asumir con madurez la libertad alcanzada, comenzó a extenderse la sospecha de que la revolución había hecho un aporte decisivo en ese sentido, al poner en crisis el antiguo orden sin poder acertar en la erección de uno nuevo capaz de reemplazarlo.

De ahí que las numerosas ocasiones en que se pretendió dar forma a una nueva institucionalidad fueran monótonamente acompañadas por llamados a poner fin a la revolución. Es el caso del *Manifiesto del Congreso a los Pueblos*, publicado en 1816, pocos días después de declarada la Independencia, y que se haría conocido por la expresiva frase que encabeza el decreto que lo acompaña: "Fin a la revolución, principio al orden". Ahora bien, lo notable es que a pesar de que para muchos la revolución había sido una suerte de caja de Pandora que había desatado todo tipo de males, esto no afectó su legitimidad

como *mito de orígenes*. Mito que, como es público y notorio, se constituiría de ahí en más en uno de los pocos motivos de consenso para los pueblos del Plata y, posteriormente, para la sociedad argentina. *